

XIV. ♦

XIV. “DOS CAMINANTES TRISTES”

Aquel mismo día iban dos de ellos a un pueblo llamado Emaús, que distaba sesenta estadios de Jerusalén y conversaban entre sí sobre todo lo que había pasado. Y sucedió que, mientras ellos conversaban y discutían, el mismo Jesús se acercó y siguió con ellos; pero sus ojos estaban retenidos para que no le conocieran. Él les dijo: “¿De qué discutís entre vosotros mientras vais andando?” Ellos se pararon con aire entristecido. Uno de ellos llamado Cleofás le respondió: “¿Eres tú el único residente en Jerusalén que no sabe las cosas que estos días han pasado en ella?” Él les dijo: “¿Qué cosas?” Ellos le dijeron: “Lo de Jesús el Nazareno, que fue un profeta poderoso en obras y palabras delante de Dios y de todo el pueblo; cómo nuestros sumos sacerdotes y magistrados le condenaron a muerte y le crucificaron.” (Lc. 24, 13-20)

Los dos amigos se buscaron al anoecer del solemne Sábado de la Pascua. Eran discípulos de Jesús y se hablaron. Decidieron que, a primera hora, abandonarían Jerusalén. Ahí nada podía hacerse ya, pues el Señor yacía en el sepulcro. Era preciso regresar a sus pueblos y recuperar su vida y su trabajo. Él había muerto, torturado, crucificado, injuriado, odiado, aplastado por el populacho, igual que muchos profetas antes de Él. Esta era la última palabra. Nadie sale del sepulcro. Eran hombres positivos y prácticos. Le habían seguido, habían creído en él por sus palabras tan resplandecientes de sabiduría y sus obras milagrosas para con los pobres; pero nunca habrían esperado un desenlace tan escandaloso. No sólo muerto, dilacerado, como si lo hubieran destrozado los chacales. Nunca pensaban que podría haber tanta crueldad contra un hombre justo.

Sus ideas acerca de la santidad del templo y la administración de las autoridades habían sido borradas. Ni Sodoma y Gomorra habían sido tan pecadoras en otros tiempos. Había que abandonar lo más pronto posible ese infierno criminal. Los demás discípulos, hombres y mujeres, estaban destruidos. Nunca volverían a juntarse. Ya no había nada en común entre ellos. Mejor separarse, como

hombres fuertes, sin rencores, sin recriminaciones. Era todo lo que podía hacerse. Entre ellos sólo existía un gran vacío, que nada podría nunca llenar. Era el final definitivo de una historia, para quienes habían soñado. Hasta uno de ellos lo había vendido, traicionado, entregado a esos carniceros. ¿Quién se enfrentaría a los soldados romanos, aún sólo para ver lo que había quedado?

Hubo un compás de espera en su decisión de viajar. Fue muy temprano, todavía era noche, cuando las mujeres, increíblemente activas, ya habían ido al sepulcro y habían regresado diciendo que el sepulcro estaba abierto y vacío. ¡Pero quién se iba a fijar en ellas! ¿Qué podían haber visto en esa oscuridad completa dentro de un sepulcro? Las pobrecitas estaban totalmente polarizadas por el fallecimiento del Maestro; podrían ver cualquier cosa en esa tiniebla, ángeles o demonios, fantasmas y monstruos. No se les podía dar ningún crédito. Sólo venían a confundir más la situación. También algunos apóstoles se habían dado una escapada hasta la tumba y habían visto lo mismo; es decir, no habían visto nada. Por fin, alguna de las mujeres más emocionadas, habían venido dando gritos. Decían que lo habían encontrado por el camino. ¡Qué lástima! Su imaginación ardiente era capaz de verlo en cualquier esquina. Entonces decidieron que era hora de partir.

De hecho, la desbandada ya había comenzado, Tomás había buscado refugio entre unos amigos. Juan se quedaría con la madre de Él. Pedro regresaría al lago. Las mujeres estaban ocupadas en comprar aromas para volverlo a embalsamar, en realidad sólo como pretexto para estar todavía algunos minutos con él, aunque fuera un cadáver. Así, Cleofás y el otro discípulo salieron muy de mañana. Después de la inmovilidad forzada de la fiesta, todo el mundo corría a sus negocios. Era muy oscuro y apenas se divisaba en el suelo el trazado blancuzco de la carretera. Hombres a caballo iban corriendo, otros a pie seguían la misma ruta que llevaba hacia el occidente y hacia el mar.

En esa oscuridad difusa, no era importante quienes fueran, lo fundamental era que todos seguían el mismo camino. Algunos lanzaban un breve saludo. Entre tantos, uno se acerca a los dos caminantes. Saludó y se puso a andar con ellos. A nadie se le ocurrió preguntarle: ¿quién eres? Si, total, era indiferente. Además, en esa oscuridad habría sido imposible reconocerlo, ver sus facciones. Lo importante era encontrar un tema de conversación para matar esas aburridas horas de andar por el descampado (como dice Lucas) por sesenta estadios.

No caminaban de prisa. ¿Para qué esforzarse? La tristeza pesaba sobre sus espaldas como un fardo a llevar. Tampoco les urgía llegar. ¿A dónde? No tenían objetivo. Sólo irse lejos. Parecía imposible que todo hubiera terminado tan de repente. Sólo tres días atrás estaban llenos de sueños y de alegría. Todo precipitó: el juicio, la condena, las torturas, la cruz, la muerte, la sepultura. Precisamente, la muerte.

Todo se les había ido de la mente, por el trauma: las predicaciones inspiradas en el templo, las repuestas contundentes a los sacerdotes, la proclamación del amor al Padre. Todo estaba muerto. Y, yendo hacia atrás, la entrada gloriosa a Jerusalén, entre aclamaciones proclamándolo Mesías, de una inmensa muchedumbre, que por un momento había olvidado el miedo a los sacerdotes y a los castigos de los dueños de la ley. Todo olvidado; incluso la resurrección de Lázaro y el gran banquete en casa de Simón donde muchos fariseos y sacerdotes fueron testigos del milagro. Muerto también. Desde la muerte nadie regresa, es un camino de una sola vía. Nadie ha vuelto atrás. Y seguían repitiendo lo mismo, como si fuera un estribillo de una canción de plañideras. Esta palabra llenaba de tristeza esta mañana brumosa. Los dos intercambiaban pocas palabras. El nuevo compañero escuchaba sin interrumpir.

“Mientras conversaban y discutían, el mismo Jesús se acercó y seguía con ellos; pero sus ojos estaban retenidos para que no le conocieran.” (Lc. 24, 15-16) No hacía falta ningún camuflaje para que no lo reconocieran. Primero, la oscuridad, luego la niebla matutina y, por fin, el polvo que todo lo envolvía. Además ¿ver a Jesús allí cerca?, ¡imposible! Jesús estaba muy lejos y su cuerpo frío tapado por una enorme rueda de piedra asegurada con sellos del sanedrín. Esto se veía como inmovilidad en la muerte por toda una eternidad, sólo la memoria podía revivir de lejos las esperanzas perdidas. Sólo quedaban palabras tristes para llenar un corazón vacío. “Él les dijo: ¿De qué discutís entre vosotros mientras vais andando?” (Lc. 24, 17) Ellos se pararon con aire afligido. ¡Un extraño debería ser! Ni se tomaron la molestia de examinarlo con atención. No sólo extraño, sino extranjero. Alguien que no se había percatado de nada, quizás un samaritano o un pagano. “¿Eres tú el único residente en Jerusalén que no sabes las cosas que en estos días han pasado en ella?” El extraño compañero no reaccionó. Quería oír más. ¿Qué pensaban de Él? ¿Hasta dónde llegaba su fe? Jesús Nazareno fue un profeta, poderoso en obras y palabras delante de Dios y de todo el pueblo. ¿Un profeta? Su fe se demostraba muy insegura y borrosa.

Si era profeta, como todos los profetas terminaría sacrificado. En toda la historia se sabía que Dios no protegía de la muerte a sus mensajeros. “Nuestros sacerdotes y magistrados, le condenaron a muerte y le crucificaron.” Jesús pudo comprobar que su fe languidecía, más que una lámpara al acabarse el aceite. Uno de los muchos profetas había sido ejecutado. ¡Qué pena! ¡Nuestras ilusiones han muerto con Él! Todavía llamaban “nuestros” a los sumos sacerdotes y letrados. Su amor se había consumido en el dolor. Sus corazones estaban fríos. “Nosotros, esperábamos que sería el que iba a liberar a Israel.” La ilusión del Mesías político se había descompuesto. Liberar a Israel, ¿en qué sentido? ¿De los romanos? ¿De una pandilla de corruptos que se había apoderado de la autoridad religiosa? ¿De las divisiones internas que estaban dispuestas a financiar sicarios como Judas el Galileo o Barrabás?

Seguramente la idea del Mesías, como restaurador político de Israel, no había sido superada. Los milagros de Jesús habían sido sugestivos, su bondad y organización, admirables. En Él se descubría a ratos un poder que sería capaz de subvertir el orden actual. ¿Pero a favor de qué? ¿Cuál sería su verdadero sentido? Ya se había agotado el tiempo para estas preguntas. Sólo quedaba un hecho: Él estaba muerto. “Ya llevamos tres días desde que esto pasó.” No eran los tres días; era una distancia desmedida, entre el mundo que habían soñado y la muerte. La muerte había vaciado aquel mundo soñado, perfecto: una edad de oro. Nada podría reemplazarlo, ni siquiera si algún fantasma apareciera. Jesús se dio cuenta de que era necesario empezar de cero. Volver a colocar los fundamentos de la fe; pero de una fe supra mundana, espiritual; capaz de interpretar los signos y disponer el corazón al amor.

“El caso es que algunas mujeres de las nuestras nos han sobresaltado porque fueron de madrugada al sepulcro y, al no hallar su cuerpo, vinieron diciendo que hasta habían visto una aparición de ángeles, que decían que él vivía”. ¿Vivir? ¿Cómo? ¿Dónde? ¡Sólo en sus cabezas, por supuesto! “Fueron también algunos de los nuestros al sepulcro y lo hallaron tal como las mujeres habían dicho, pero a Él no le vieron.” (Lc. 24, 22) ¿Y qué podrían ver? ¡Los muertos no andan por la calle! Todos estaban en gran agitación, incriminándose los unos a los otros. ¿Qué podría salir de eso? Por esto nos fuimos. Queremos conservar nuestra paz. ¡Que cada uno busque su camino!

Jesús tuvo que echar mano a toda su paciencia y a todo su entrenamiento pedagógico. Había que llenar ese vacío lugar de desconfianza y de amargura en el que el amor hacia Él estaba tan muerto, como su cadáver en el sepulcro. Empezó con dirigirse a ellos como fieles israelitas, devotos a la ley de Moisés, para reavivar en ellos el sentido divino de la historia. ¿No era Moisés un amigo de Dios? ¿Había alguna vez Dios abandonado a su pueblo y lo había dejado perderse en la oscuridad y en el error? ¿No los guió a través de los siglos con la palabra de los profetas? Él les dijo: “¡Oh... insensatos y tardos de corazón, para creer todo lo que dijeron los profetas!” Tuvo que rehacer toda la historia de las revelaciones divinas desde Samuel, creador de reyes e intérprete fiel; a David, amigo de Dios y cantor de su amistad en los salmos; desde Elías el gran enamorado de Dios, quien contempló su presencia en el monte Horeb; a Isaías quien contempló desde el pasado los tormentos del Siervo de Yahvé; a Jeremías anunciador de una nueva alianza; a Daniel quien conoció la gloria del “Hijo de hombre”.

En sus palabras, la historia se reconstruía como una gran corriente de la Providencia de Dios y se hacía clara como un río caudaloso y avanzaba hacia el presente con su cargamento de revelaciones cada vez más inmediatas. Era la historia de la misericordia de un Dios infinito, quien luchaba para recobrar el amor de sus criaturas, siempre inclinadas al mal y al pecado. Una historia de exiliados, a quienes se ofrecía repetidamente la esperanza de un regreso a la patria y una salvación. La predicación de Jesús, que ellos habían escuchado anteriormente, brillaba ahora ante sus ojos como el corolario necesario de ese amor encarnado en la historia de un pueblo y llegaba hasta el ofrecimiento del Cordero sin mancha. “Y empezando por Moisés y continuando por todos los profetas, les explicó lo que había sobre Él en todas las Escrituras.” (Lc. 24, 27) ¿No era de Él que se hablaba en el Génesis en la maldición de la serpiente y la promesa de alguien que la aplastaría? ¿No era Él prefigurado en Abel inocente, asesinado sólo porque era amado por Dios? ¿No era Él el arca que con Noé se salvaba toda la humanidad nueva? ¿No era Isaac sobre el monte Moriah el símbolo del Cordero sin mancha, ofrecido como holocausto?

¿No era Él, ese José vendido a Egipto para que salvara la última generación de los Patriarcas y sentara las bases de un nuevo pueblo? ¿No era Él la serpiente de bronce levantada en el campamento para que todos los heridos vivieran

por uno solo? ¿No habían descrito los profetas, su descendencia de David, su nacimiento de una virgen, sus milagros para consolar a los pobres y enfermos y sus sufrimientos finales hasta la muerte y resurrección? ¿Qué idea tenían ustedes del Mesías, habiendo convivido con Él? Fue una larga lección que caía hasta lo más hondo en el corazón vacío de Cleofás y de su compañero. Sentían que ese vacío se iba llenando a la par de que sus pies ganaban terreno, estadio tras estadio, horas tras horas. Tenían que volver a leer la Escritura y la ley desde la venida de Jesús; este era realmente el principio de todo y era la clave para entender lo demás. La historia no caminaba desde lo antiguo al presente, sino desde el presente de la cruz hasta el pecado primigenio. Era como una alfombra bordada que ellos habían contemplado únicamente en su reverso. Era necesario cambiar la perspectiva para que recuperara su verdadero sentido.

Nacía en ellos un nuevo tipo de fe iluminada por el plan de Dios, descubierto en la palabra de Jesús, la que Él iba reconstruyendo, paso por paso, en estas dos almas, el fundamento y la verdad de su misión. Era un nuevo conocimiento del Mesías que ellos habían contemplado y escuchado muchas veces, sin comprenderlo. Y con el conocimiento de la verdad irrumpió en ellos el amor. Un amor nuevo que nunca habían conocido antes. Jesús era la estrella de David, el cometa que había guiado los magos del oriente, el transfigurado del monte Tabor, el Hijo del Padre que restituía la vida a los muertos. Cómo lo habían admirado, en su bondad, en esa visión espiritual de los hombres y mujeres, su relación de dependencia constante con el Padre, en largas noches de meditación y de entrega, su ofrecimiento final al martirio, querido como un homenaje al Padre. Todo esto, sin comprenderlo, sin atreverse a preguntarle, sin tener la plena confianza en Él.

Entonces, les abrumó la vergüenza por haber sido tan torpes y egoístas. Y con el conocimiento, creció en su alma un fuerte deseo de Él, un afán de búsqueda para conocerle más. Ahora lo apoyaban mentalmente en todos los pasos que Él había dado en su Pasión para cumplir con la voluntad del Padre. Tenía razón cuando atacaba la hipocresía de los judíos en el templo. Querían saber: “Si eres el Cristo, dínoslo abiertamente.” Jesús les respondió: “Ya os lo he dicho, pero no me creéis. Las obras que yo hago en nombre de mi Padre, son las que dan testimonio de mí; pero vosotros no creéis.” Ese día quisieron apedrearle. Hasta los había desafiado. “Cómo decís que aquel a quien el Padre ha santificado

y enviado al mundo, blasfema por haber dicho: Yo soy el Hijo de Dios. Si no hago las obras de mi Padre no me creáis; pero si las hago, creed por las obras.” (Jn. 10, 36-38) También ese día querían prenderle.

Su muerte la había anunciado con toda claridad y más como una victoria que como una derrota. “Ha llegado la hora de que sea glorificado el Hijo del hombre. En verdad os digo: si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda él solo; pero si muere da mucho fruto.” (Jn. 12, 24) Ahora lo veían claro, su muerte coincidía con su glorificación. El muerto se multiplicaría y produciría infinitos frutos. ¿Pero cómo? Llegaban hasta a identificarse con su muerte, a la puerta del sepulcro cerrado y sellado.

¿Y que habría después? ¿Cómo continuaba el plan de Dios? Recordaban cuando Felipe al final de la cena le había dicho: “Muéstranos al Padre y nos basta. Y Jesús le había contestado: ¿Tanto tiempo estoy con vosotros y no me conoces, Felipe? ¡El que me ha visto a mí, ha visto al Padre! ¿Cómo dices tú, muéstranos al Padre? ¿No crees que yo estoy en el Padre y el Padre está en mí?” (Jn. 14, 9-10) Todo resultaba ahora claro. Pero, entonces, ¿cómo podría estar muerto? La resurrección no les parecía ya un fenómeno imposible o extraordinario, sino sólo un episodio más en una larga serie de fenómenos extraordinarios. Sus almas se habían llenado con estos hechos. Su fe renacía en un nuevo ser. Era una fe cristiana, Cristo había recuperado su lugar en la historia. A través de Jesucristo se había reestablecido el contacto con el Padre. ¿Cuántas veces Jesús les había dicho que el amor del Padre estaba en Él? ¿Y que Él les transmitía a ellos ese mismo amor?

Parecía imposible que hubieran sido tan obtusos y materiales para no entenderlo. Sentían que Jesucristo ya no estaba muerto porque ya vivía en sus corazones. El amor había vuelto a nacer. Sus almas estaban rebosantes de alegría; la presencia de Él los llamaba. Se recordaron del salmo 63 y rezaron: “¡Oh! Dios, yo te busco Dios mío; mi alma tiene sed de Ti.” Empezaban a comprender que ya no podían estar sin Él. “Tu amor es mejor que la vida.” Vivir en este amor era vivir más allá de la muerte. Jesucristo ya no estaba en la muerte, la diferencia entre vida y muerte había sido borrada. Entonces Jesús que los acompañaba, vio que su obra de reconstrucción estaba completa; se había alcanzado la aldea de Emaús, el viaje de los dos había terminado. Jesús dio muestra de querer dejarlos.

“Al acercarse al pueblo donde iban, Él hizo un ademán de seguir adelante. Pero ellos le forzaron diciéndole: Quédate con nosotros porque atardece y el día va declinando.” Imposible dejarlo ir; había penetrado hasta el fondo de sus almas. Estuvieron muertas y han vuelto a la vida. Estaban en la oscuridad y ha vuelto a brillar en ellas el sol. “Y entró a quedarse con ellos.” (Lc. 24, 29) Sus ojos estaban ciegos para verlo, pero la mente y el corazón ya lo habían reconocido. Nunca podrían volver a separarse de Él, pues su amor es mejor que la vida. La vida que habían recuperado era diferente. Esta no podría volver a morir. Jesús lo comprendió. No podía ya detener más tiempo su deseo de estar abiertamente con ellos.

“Cuando se puso a la mesa con ellos, tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo iba dando.” Este era el signo irresistible y auténtico. Nadie podría hacerlo igual. “Se les abrieron los ojos y le reconocieron.” Como que se les subió del alma a los ojos. Ya en su corazón estaba recitado. Pero el verlo fue una explosión. ¿Cómo podía estar muerto si era el Hijo de Dios? Lo increíble era una realidad que resplandecía como el medio día en este atardecer de Emaús. ¿Cómo no lo vieron antes? Caminando todo el día junto a Él. Lo buscaban lejos de sí. Estaba demasiado cerca, hasta dentro de ellos. Entonces entendieron que la resurrección no era problema de lugar ni de tiempo, sino de género de vida y de amor. Ahora el resucitado estaba dentro de ellos y repetían: “Mi alma se aprieta contra ti.” (Sal. 63, 9)

Pero Él desapareció de sus lados. Aunque sólo un instante le habían visto con los ojos, las dudas se habían esfumado; la tristeza se había cambiado en alegría irrefrenable. ¡Él estaba vivo para siempre! ¿No estaba ardiendo nuestro corazón dentro de nosotros, cuando nos hablaba en el camino? ¿Y nos explicaba las Escrituras? Él, vino en búsqueda de nosotros, quienes habíamos abandonado a nuestros compañeros y roto la amistad con Él. Y, levantándose al momento, se volvieron a Jerusalén. Esta alegría no podía quedarse escondida, había que compartirla. Ciertamente las mujeres lo habían visto y quizás los demás compañeros también. Era necesario estar con ellos, compartir la misma fe, la fe en el resucitado. Encontraron reunidos a los once. Ya todos estaban convencidos, pero nadie le había experimentado como ellos. Y contaron lo que les había pasado en el camino y cómo lo habían reconocido al partir el pan. Volver a ser uno con Él, un sólo Jesucristo y todos unidos en una sola fe, con un solo Dios y Padre. Vivir juntos la misma vida.

Esto es lo más grande, vivir en Él aún sin verle. Ya habían experimentado cómo con sólo escuchar su palabra, mientras Él camina con ellos. Palabra que llega a nosotros desde los siglos antiguos y vuelve a regenerarse cada día en uno, con tal de escucharla. El Cristo ya no está limitado a nuestro espacio, aquí o allá, ni a nuestro tiempo, hoy o mañana; sino siempre y en todas partes para cada uno. “Si guardáis mis mandamientos permaneceréis en mi amor, como yo he guardado los mandamientos de mi Padre y permanezco en su amor.” (Jn. 15, 10) Él es el trigo sembrado en el suelo y que brota desde la tierra para toda persona y para todos los tiempos. “Cuando sea levantado de la tierra, atraeré a todos hacia mí.” (Jn. 12, 32) Y esto no se refiere sólo a la cruz: Él está levantado desde la muerte. “Creed en la luz, para que seáis hijos de la luz.” (Jn. 12, 36) Ya sólo es luz, dispuesto a iluminar a cada hombre que lo ame.

Entendieron que la resurrección era cuestión de amor. Caminó todo el día, bajo el mismo sol, en el mismo polvo, sólo para recuperar su amor. “Y el que me ame, será amado de mi Padre y yo lo amaré y me manifestaré a él.” (Jn. 14, 21) Primero se manifestó a los ojos del corazón y después lo vieron con los del cuerpo. Muchas otras personas en muchos otros lugares y tiempos no lo podrán ver de otro modo, más que con estos ojos interiores del alma, cuando le amen.

